BREVE SEMBLANZA DE UN PROFESOR DE CIRUGIA

P. LAIN ENTRALGO

He adquirido la definitiva convicción de que una ciencia no puede ser íntegramente aprendida mientras no se la ha visto encarnada en un hombre: la Física en un físico, la Filosofía en un filósofo, la Cirugía en un cirujano. De ahí la necesidad del magisterio personal, y su esencial ventaja sobre todas las televisiones y cintas magnetofónicas imaginables. De ahí, por otra parte, la dificultad inmensa de la autoformación, sólo conclusa cuando el aprendiz por sí mismo ha tenido talento suficiente para verse desde dentro como singular encarnación de la ciencia o el arte que aprendió.

Vienen a cuento estas reflexiones, porque al Prof. MARTÍN LAGOS debo yo mi primera noticia cabal de lo que debe ser un cirujano y, por lo tanto, la fuente de mis ideas acerca de la Cirugía, en cuanto modo cardinal del pensamiento y la operación del médico. Fué en el curso de 1929 a 1930, primero de MARTÍN LAGOS en la Facultad de Medicina de Valencia y tercero de Patología Quirúrgica en mi poco afortunada licenciatura. La temprana muerte de JOSÉ SEGOVIA, apenas iniciado su magisterio y mi discipulado, me impidió seguir las enseñanzas quirúrgicas con un profesor titular, hasta la llegada de MARTÍN LAGOS, ya al término de mis años de estudiante. Pero ese último curso, insuficiente, sin duda, para que yo penetrase cosa mayor en el arte de MACAÓN, me sirvió para contemplar de cerca lo que un profesor de Cirugía debe ser. Tal es mi deuda principal con el maestro cuyas bodas de plata profesorales celebramos ahora.

Mucho y muy pasmosamente ha ido cambiando la Cirugía en los últimos cien años. La difusión y el perfeccionamiento de la anestesia, el ingente progreso de la asepsia, la eficacia de las armas terapéuticas contra la infección, la posibilidad de compensar al instante la pérdida hemática causada por la intervención cruenta, la invención de técnicas y materiales para la suplencia de órganos y de estructuras orgánicas circunscritas y, por supuesto, el auge inmenso de los recursos generales para el diagnóstico y el tratamiento, han dado al oficio del cirujano un cariz externo harto diferente del que en tiempos de DUPUYTREN y ASTLEY COOPER ostentaba. He aquí un testimonio de lo que era el quirófano del "Hôtel-Dieu" poco antes de la fecunda actividad de DUPUYTREN: "Se operaba a los enfermos a la vista de los restantes; el temible aparato de los instrumentos se extendía ante sus ojos sin precaución. Los gritos del desgraciado ya fijo sobre la mesa del dolor llevaban de antemano el espanto al alma de los que habían de sucederle. Los aprendices sangraban sin regla y sin mesura..." Entre el cirujano que se movía en ese marco—brazo arremangado, mano sangrienta, levita o frac sobre la silla más próxima—y los bultos blancos que se deslizan sin ruido ni violencia en el mecanizado quirófano actual, ¿existe, por ventura, alguna semejanza?

Frente a los muchos, hombres, médicos o no, que sólo por primeras apariencias se guían, es preciso afirmar resueltamente la existencia de una semejanza profunda entre el cirujano de hace ciento cincuenta años y el de hoy; y, apurando la tesis, entre los cirujanos de todos los tiempos. En su agudo ensayo *Psiquiatría y Cirugía*, MARCO MERENCIANO ha hecho ver en la "mentalidad quirúrgica" uno de los modos constantes del arte de curar. Hay, hubo siempre y debe haber frente a la enfermedad, en efecto, esa actitud del médico

que LERICHE ha llamado *esprit chirurgical* y ha sabido describir con las palabras siguientes: "Es, ante todo, un estado del alma en el cual cierta intrepidez, la confianza en sí mismo, la aptitud para tomar decisiones en el acto y el optimismo se equilibran con la mesura y con el agudo sentido de la realidad del momento. Es un estado del alma que otorga una constante tendencia a la acción, que impulsa instintivamente a querer desenredar por la sola destreza de las manos las situaciones perdidas o amenazadas, y ello no por fatuidad, sino porque de una ojeada han sido confrontadas las posibilidades de la técnica con lo que se adivina del estado real de la enfermedad". Dos versos que SÓFOCLES puso en labios de AYAX expresan con poética grandeza ese "estado anímico" a que alude LERICHE: "¡No es de médico sabio salmodiar ensalmos frente a dolencia que pide cuchillo!" Quien ante el enfermo no sea capaz de moverse conforme a esa máxima sofoclea, nunca podrá ser un verdadero cirujano.

Hace ahora casi veintitrés años veía yo a FRANCISCO MARTÍN LAGOS, joven profesor de Cirugía, enfrentarse con un enfermo pálido y emaciado, en aquella gran sala cruciforme del Hospital Provincial de Valencia. Procedía el cirujano de la Facultad de Medicina de Cádiz, y antes había adquirido maestría en su Granada nativa y en las clínicas de Lexer y Sauerbruch. A los pocos minutos pude ver realizadas en una persona las cualidades pertinentes al "espíritu quirúrgico" que el gran LERICHE había de describir. En todo—modo escueto y tajante del diagnóstico, indicación y ejecución del tratamiento, formulación del juicio pronóstico—se expresaba clara, sobria y magistralmente el modo quirúrgico de hacer la medicina. Y así, enfermo tras enfermo, a lo largo de los meses de aquel curso que me hizo malo y caviloso médico. Hoy, cuando el Prof. MARTÍN LAGOS se encuentra en la plenitud de su carrera, cuando docenas de publicaciones científicas y centenares de alumnos declaran su saber de cirujano y su egregia condición de docente universitario, ¿se me permitirá que participe en su homenaje con sólo esta mínima ofrenda: el agradecido recuerdo de haber visto en él por vez primera un verdadero cirujano, un hombre en quien se encarnaban cabalmente, para enseñanza de los demás, las virtudes del "espíritu quirúrgico"?